

## Cuentos & Cuentistas

### Lydia Cabrera y los negros de Cuba

Lydia Cabrera (Nueva York, 1899 – Miami 1992) se alza como una escritora mítica en Cuba. Desde ya su lugar de nacimiento aparece disputado por La Habana, y se discute si ello aconteció en el año 1899 o en 1900 (dos siglos la quieren suya). Dedicó su vida a la investigación sobre el rico legado del folklore afrocubano, lo que volcó en ensayos fundamentales, aunque también en relatos para adultos y niños. Discípula de Fernando Ortiz, erudito cubano que escribió el libro fundacional *La música afrocubana* (inventando de paso el término), Lydia Cabrera contribuyó sin duda a romper muchos tabúes respecto a esta cultura mantenida en las sombras por las clases dominantes.

De origen aristocrático, Lydia Cabrera vivió en Nueva York y París, ciudad ésta donde llega en 1927 para estudiar pintura en el Louvre, donde se gradúa. Allí publica sus *Cuentos negros de Cuba* en 1934, en una traducción al francés hecha por Francis de Miomandre, destacado especialista de la literatura de nuestro continente. Tras su vuelta a Cuba, Lydia ve salir su libro en castellano (1940) y se aboca a la investigación de las prácticas religiosas cubanas de origen africano. También publica otras series de relatos y muchos ensayos.

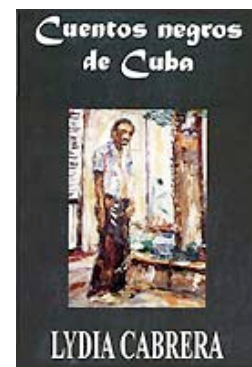
Lydia Cabrera recurrió a fuentes directas, sus antiguos conocidos negros, para reconstruir esta tradición oral, lo que para ella se convirtió en un deber ético. Una de sus preocupaciones consistió en entender la coexistencia del culto a los dioses bantú y yoruba (traídos a América por los esclavos), y la religión católica implantada por las naciones imperiales y el Vaticano. De aquí nace la *santería*, que podría considerarse una suerte de adaptación del politeísmo de los africanos al monoteísmo cristiano. Lydia consiguió la confianza y frecuentó a los temidos *santeros*, auténticos herederos de los médicos brujos de las sociedades secretas tribales.

Cuenta Guillermo Cabrera Infante que Lydia se fascinó con la magia negra, pero nunca creyó en ella, manteniendo siempre la distancia. Por cierto, nunca entró en conflictos por este tema, su encanto se imponía y disipaba la desconfianza, según testimonia Caín. Al triunfar la revolución cubana, Lydia Cabrera opta por el exilio y tras vivir en Nueva York, Madrid y Miami, fija residencia en esta última ciudad, que detesta, esperanzada en el pronto fin del proceso. Con dificultades y en bajas tiradas, logra reeditar en Miami y Madrid la obra escrita en Cuba y editar nuevos títulos, como un nuevo volumen de relatos afrocubanos, *Ayapá: cuentos de Jicotea* (1971). Siempre se menciona en sus biografías que el propio Fidel Castro le pidió que viajara a La Habana para otorgarle los homenajes que merecía, pero ella no acepta y fallece en el destierro.



Una de sus biógrafas, Mariela Gutiérrez, señala la predominancia de autores románticos en la formación de la joven Lydia, poetas como Núñez de Arce, Bécquer, el duque de Rivas, Campoamor, Espronceda, que lee desde su infancia. Ha aprendido a leer en su casa, y no asiste al colegio debido a su mala salud. Cuando adolescente, su ídolo literario es Alexandre Dumas. Pero son las “tatas” negras presentes en los hogares blancos acomodados quienes la surten de los relatos maravillosos extraídos de su repertorio ancestral. En 1954, como resultado de sus años de labor etnológica, publica *El Monte. Notas sobre las religiones, la magia, las supersticiones y el folklore de los negros criollos y del pueblo de Cuba*, un compendio de la liturgia afrocubana considerado una suerte de Biblia de las religiones tradicionales. En otros libros recopila refranes y tradiciones, diccionarios y recetas médicas, chascarros y mitos locales.

Los *Cuentos negros de Cuba* tratan mayormente de animales o de figuras totémicas de hombres asimilados a animales; se acerca por tanto a las fábulas clásicas. Cuentos para narrar oralmente más que para leer. Coherentemente con otras recopilaciones de cuentos africanos narrados de boca en boca, estos relatos no se estructuran de acuerdo a la lógica a que estamos habituados, lógica que es heredera de los griegos; más precisamente de los cánones establecidos por Aristóteles, un modo de pensar acogido y luego asimilado por el cristianismo. La riqueza del santoral tribal y la diferente relación que hombres y dioses establecen con la naturaleza y el más allá, nos conduce por extraños derroteros narrativos. Lo fantástico fluye de manera natural. Al respecto, hasta los cuentos más fantásticos de la tradición escrita occidental (por llamarla de algún modo) contienen un sustrato de racionalidad. Tema para investigar...



Sin embargo, creo percibir rasgos diferentes en estas historias de los negros esclavos de Cuba, en relación a lo recogido del África tribal. Es la presencia de una cierta tristeza, que se expresa en un pesimismo soterrado, una desconfianza frente a las relaciones humanas, una inquietud mayor frente a un conjunto de fuerzas hostiles, provenientes tanto del entorno, como de los hombres y los dioses. Se lee en uno de los cuentos, a propósito de la venganza de un dios: “Estas fueron las palabras con que Osain-Ochachá-Queregüege cambió las formas, castigó y torció los destinos de los que en el monte Ocha quisieron matar a un hijo querido de los árboles, de las yerbas y de los muertos: «Por la eternidad, Jicotea (la tortuga) quedará en su propio cuerpo encarcelada; su cuerpo será su prisión y la llevará siempre a cuestas. Por la eternidad, Lagartija vivirá pegada a las paredes, atisbando. La perseguirán, la matarán por gusto. Vivirá en perpetuo azoramiento, huyendo y temerosa de su propia sombra. Por la eternidad, Majá (la serpiente) se arrastrará por la tierra; oculto en agujeros, en matorrales, evitando encontrarse con los hombres, que lo cortarán en pedazos con sus machetes»”.

Así asoma el miedo, ante a un mundo lleno de maldades y trampas: “El corazón le advertía de qué lado del monte paraban los diablos temibles, roedores de la oscuridad, los espíritus que se posesionan de los hombres para devorarles el hígado; en qué parte las sombras de los muertos

desesperados, que a destiempo dejaron la vida con encono, sin cerrar los ojos –almas sorprendidas por la cuchillada o el balazo artero de la Mala Muerte, despedidas por la boca de una herida amarga y profunda– se agitan maldicientes... con las torturas de una obsesión de venganza, de odio que jamás se satisface. O en qué arboleda de frutos venenosos se cobijan los fantasmas de las mujeres estériles de entrañas malditas, cuyas emanaciones son mortales; dónde se arraciman las sombras ávidas de los niños que no pudieron vivir, y se abrazan a las sombras de los vivos para llorarles al oído...”.

La tradición oral africana ha conocido crecientes esfuerzos de recuperación. Hemos mencionado antes el trabajo pionero desplegado en la *Antología Negra* (1921) del poeta suizo-francés Blaise Cendrars, antecedido por el notable *Decamerón negro* (1910), del etnólogo alemán Leo Frobenius. La obra de Lydia Cabrera brilla sin duda como una contribución a comprender el legado de África en nuestra América, desde la perspectiva de una de las más monstruosas vergüenzas de la historia de la humanidad, la esclavitud de la gente de raza negra; aunque enseña también que esa sangre derramada dejó un legado precioso en nuestro continente, un fecundo subsuelo cultural. Estos cuentos dan una muestra de la profundidad de esa tragedia, que permanece en el inconsciente colectivo de sus descendientes, como una amenaza latente que persistirá por muchas generaciones.

En recuadro, un texto extrañamente conmovedor, como para pensar que puede haber un atisbo de humor dentro del más grande sufrimiento.

**El hombre negro y el hombre blanco**  
(De *Cuentos negros de Cuba* por Lydia Cabrera)

Un hombre subió al suelo por una cuerda de luz. El sol le advirtió:

–No te aproximes demasiado, que quemamos.

Este hombre no hizo caso: se acercó, se tostó, se volvió negro de pies a cabeza... Fue el primer negro, el padre de todos los negros.

(La alegría es de los negros).

Otro hombre se fue a la luna montado en un caballo-pájaro-caimán-nube. La luna tiene un ojo redondo, en un cerco pintado con carbón: dentro del ojo, una liebre dando vueltas. Este ojo es una cisterna de agua fría, agua primordial del cielo: la liebre es un pez de hielo. La lluvia vive en el ojo de la luna... La luna es fría. El frío es blanco.

El hombre que fue a la luna emblanqueció. Fue el primer hombre blanco, padre de todos los blancos. Son tristes...

Todo se explica.

